LA LEYENDA DE HIRAM ABIF por Albert Gallatin Mackey (1807-1881)

Esta es la más importante de todas las leyendas de la masonería. Por lo tanto, la consideraremos en relación con su origen, su historia y su significado.

Sin embargo, antes de proceder a la discusión de estos importantes temas y a la investigación del carácter verdaderamente mítico de Hiram Abif, será apropiado indagar en el significado de su nombre, o más bien el significado del epíteto que lo acompaña.

En los lugares de las Escrituras en los que se lo menciona, el rey de Tiro lo llama en una ocasión (en 2 Crónicas ii., 13), en la carta que escribió al rey Salomón, CHURAM Abi; en otro lugar (en 2 Crónicas iv., 16), donde el escritor de la narración registra el trabajo que hizo para Salomón, CHURAM ABIV, o, como podría pronunciarse según el sonido de las letras hebreas, “Abiu”.

Pero Lutero, en su traducción alemana de la Biblia, adoptó la pronunciación “ABIF”, cambiando la "v" plana por la "f" con acento cursivo. En esto lo siguió Anderson, quien fue el primero en presentar el nombre completo de Hiram Abif a la Orden. Esto lo hizo en la primera edición del libro inglés de las Constituciones.

Y desde su época, al menos, el apelativo de Hiram Abif ha sido adoptado y se ha vuelto familiar para la Orden como el nombre del astuto o hábil artista que fue enviado por Hiram, Rey de Tiro, para ayudar al Rey Salomón en la construcción del Templo.

En Crónicas y Reyes encontramos “Churam” o “Huram”, según podamos usar la letra inicial como gutural o aspirada, y “Chiram” o “Hiram”, usándose indistintamente la vocal "u" o "i".

Pero el uso masónico ha adoptado universalmente la palabra Hiram.

Ahora bien, los pronombres "Abi" y "Abiv" que usa el rey de Tiro en el libro de las Crónicas no forman parte del nombre, sino que son simplemente flexiones de los pronombres posesivos "mi" y "suyo" que se añaden al apelativo "Ab".

"Ab" en hebreo significa padre, "i" es mi, y "in", "iv" o "if" es su. "Abi" es, por tanto, mi padre, y así lo llama el rey de Tiro cuando se lo describe a Salomón: "Hiram mi padre"; Abif es su padre, y así se refiere el historiador

a él cuando relata los diversos tipos de trabajos que "Hiram su padre" hizo para el rey Salomón.

Pero la palabra "Ab" en hebreo, aunque significa principalmente un padre varón, tiene otros significados derivados. Es evidente que en ninguno de los pasajes en los que se lo menciona se pretende dar a entender que tuviera tal relación con el rey de Tiro o con el rey de Israel.

La palabra "padre" era utilizada por los hebreos como un término de honor o para significar una posición de preeminencia. Buxtorf [1] dice que a veces significaba "maestro", y cita el cuarto capítulo del Génesis, donde se llama a Jabal "el padre del ganado" y a Jubal "el padre" de los músicos.

Hiram Abif fue probablemente seleccionado por el rey de Tiro para ser enviado a Salomón como un hábil artífice de habilidad preeminente para que pudiera ejecutar las principales obras en el interior del Templo y fabricar los diversos utensilios destinados a los servicios sagrados. Era un maestro en su arte o vocación, y debidamente dignificado con un título que anunciaba su carácter distinguido. El título de Padre, que se le dio, denota, dice Smith [2] el respeto y la estima en que se le tenía, según la costumbre similar de la gente del Oriente en la actualidad.

Estoy muy complacido con la sugerencia del Dr. McClintock de que "Hiram mi padre" parece significar "Hiram mi consejero"; es decir, "capataz" o "maestro artesano". [3]

Si aplicamos este significado a los pasajes de las Crónicas que se refieren a este artista, veremos con qué facilidad se eliminan todas las dificultades y se coloca al artesano Hiram en su verdadera luz.

Cuando el rey Hiram, deseando ayudar al rey de Israel en su proyectado edificio, le escribe una carta en la que promete cumplir con la petición de Salomón de enviarle madera del Líbano y leñadores para cortarla, como una señal adicional de su amistad y su deseo de contribuir con su ayuda en la construcción de "una casa para Jehová", le proporciona los servicios de uno de sus artesanos más hábiles y anuncia el regalo con estas palabras: "Y ahora he enviado a un hombre hábil, dotado de entendimiento, mi maestro artesano Hiram".

Y cuando el historiador que escribió las Crónicas del reino hubo recapitulado todo el trabajo que Hiram había realizado, como las columnas del pórtico, las fuentes y los candelabros, y los vasos sagrados,

concluyó diciendo que todas estas cosas fueron hechas para el rey Salomón por su maestro-obrador Hiram, en hebreo “gnasah Huram Abif Lammelech Schelomoh”.

Hiram o Huram era su nombre propio. "Ab", padre de su oficio o maestro-obrador, su título, y "yo" o "a mi" "mío" o "suyo", el sufijo pronominal posesivo, usado según las circunstancias. El rey de Tiro lo llama Hiram Abi, "mi maestro-obrador". Cuando el cronista habla de él en su relación con el rey Salomón, lo llama Hiram Abif "su maestro-obrador". Y como todas sus relaciones masónicas son con Salomón, esta última designación ha sido adoptada, de Anderson, por la Orden.

Habiendo dispuesto así el nombre y título del personaje que constituye el punto principal de esta Leyenda Masónica, procedo a examinar el origen y el crecimiento progresivo del mito.

"La leyenda del constructor del Templo", como se le llama comúnmente, pero de manera impropia, está tan íntimamente conectada en el ritual con la historia simbólica del Templo, que muy naturalmente nos llevaría a suponer que una siempre ha sido contemporánea y coexistente con la otra.

La evidencia sobre este punto, sin embargo, no es de ninguna manera concluyente o satisfactoria, aunque un examen crítico de los manuscritos antiguos parecería mostrar que los escritores de esos documentos, mientras compilaban a partir de fuentes tradicionales la leyenda del oficio, no ignoraban por completo el rango y los servicios que posteriormente han sido atribuidos por los masones especulativos de la actualidad a Hiram Abif.

Ciertamente tenían alguna idea de que en la construcción del Templo de Jerusalén, el Rey Salomón contó con la ayuda de un hábil artista que le había sido proporcionado por el Rey de Tiro.

El origen de la leyenda debe buscarse en el relato bíblico de la construcción del Templo de Jerusalén. La historia, tal como se cuenta en los libros de Reyes y Crónicas, es en este sentido.

A la muerte del rey David, su hijo y sucesor, Salomón, decidió llevar a cabo el proyecto que su padre había tenido durante mucho tiempo en mente: erigir un templo en el monte Moriah para el culto a Jehová.

Pero los judíos no eran una nación de artesanos, sino más bien de agricultores, y ya en tiempos de David habían dependido de la ayuda de los fenicios para la construcción de la casa que se construyó para ese monarca al principio de su reinado.

Por lo tanto, Salomón pidió a su aliado, Hiram, rey de Tiro, que le proporcionara árboles del Líbano y taladores para prepararlos, pues, como le dijo en su carta al rey de Tiro, "tú sabes que no hay entre nosotros nadie que sepa cortar madera como los sidonios".

Hiram accedió a su petición y cambió a los hábiles trabajadores de la estéril Fenicia por el aceite, el maíz y el vino de la más fértil Judea.

Entre los artistas que el rey de Tiro envió al rey de Israel, había uno cuya aparición en Jerusalén parece haber sido en respuesta a la siguiente solicitud de Salomón, registrada en el segundo libro de Crónicas, capítulo dos, versículo siete:

"Envíame, pues, ahora un hombre hábil para trabajar en oro, en plata, en bronce, en hierro, en púrpura, en carmesí y en azul, y que sepa esculpir con los expertos que están conmigo en Judá y en Jerusalén, los cuales David mi padre proveyó."

En la epístola del rey Hiram, en respuesta a esta petición, contenida en el mismo libro y capítulo, en los versículos trece y catorce, se encuentran las siguientes palabras:

"Y ahora yo he enviado a un hombre astuto, dotado de entendimiento, de Hiram mi padre. Hijo de una mujer de las hijas de Dan, y su padre era un hombre de Tiro, hábil para trabajar en oro y en plata, en bronce, en hierro, en piedra y en madera, en púrpura, en azul, en lino fino y en carmesí; también para esculpir toda clase de esculpido, y para descubrir todo proyecto que se le presente, con tus astutos hombres, y con los astutos hombres de mi señor David, tu padre."

En el séptimo capítulo del primer libro de los Reyes, en los versículos trece y catorce, se da una descripción más detallada de él, con estas palabras:

"Y el rey Salomón envió a buscar a Hiram de Tiro. Era hijo de una viuda de la tribu de Neftalí, y su padre era un hombre de Tiro, trabajador en bronce; y estaba lleno de sabiduría y entendimiento, y astuto para

trabajar todas las obras en bronce, y vino al rey Salomón e hizo toda su obra".

Es muy evidente que éste fue el origen de la Leyenda que se incorporó al sistema Masónico, y que, al instituirse la Francmasonería Especulativa, fue adoptada como la parte más prominente del Tercer Grado.

Los masones medievales estaban familiarizados con el hecho de que el rey Salomón tenía un asistente en las obras del Templo, y que ese asistente le había sido enviado por el rey Hiram.

Pero había una considerable confusión en sus mentes sobre el tema, y una ignorancia del nombre y los atributos de la persona en las Escrituras.

En el manuscrito Halliwell, el más antiguo que conocemos, no se cuenta la leyenda. O bien los escritores de los dos poemas que componen ese manuscrito la ignoraban, o bien en la combinación de los dos poemas ha habido una mutilación y se ha omitido la leyenda hiránica.

En el manuscrito Cooke, que es cien años más tarde, encontramos la primera alusión a ella y el primer error, que se repite en diversas formas en todas las constituciones manuscritas posteriores.

Ese manuscrito dice: "Y en la construcción del templo en la época de Salomón, como se dice en el libro III del Regum in tertio Regum capitulo quinto, que Salomón tenía treinta y dos mil albañiles en su obra. Y el hijo del rey de Tiro era su maestro albañil".

La referencia que se hace aquí al tercer libro de los Reyes se hace según la antigua distribución del canon hebreo, en la que los dos libros de Samuel se denominan el primer y segundo libro de los Reyes. Según nuestro canon actual, la referencia sería al quinto capítulo del primer libro de los Reyes. En ese capítulo no se dice nada de Hiram Abif, pero sí se registra que "Adoniram estaba a cargo de la leva". Ahora bien, el significado literal de Adoniram es el señor Hiram.

Como el rey de Tiro había prometido enviar a sus trabajadores al Líbano, y como se afirma que Adoniram supervisaba a los hombres que estaban allí talando los árboles, el viejo escritor de leyendas, sin tener en cuenta que la leva de treinta mil, sobre la que presidía Adoniram, estaba formada por israelitas y no por fenicios, sino suponiendo que habían sido enviados al

Líbano por Hiram, rey de Tiro, y que él había enviado a Adoniram con ellos, y considerando que la palabra significaba el señor Hiram, llegó rápidamente a la conclusión de que este señor o príncipe Hiram era el hijo del rey.

Y por lo tanto cometió el error de decir que el hijo del rey de Tiro era la persona enviada a Salomón para ser su maestro albañil o maestro constructor.

Este error se repitió en casi todos los manuscritos posteriores, ya que en realidad son sólo copias unos de otros, y la palabra Adon, que significa señor o príncipe, parece haber sido siempre asumida en una u otra forma corrupta como el nombre del trabajador enviado por el rey Hiram al rey Salomón, y a quien los masones de la actualidad conocen como Hiram Abif.

Así, en el manuscrito Dowland, fechado conjeturalmente en el año 1550 d.C., se dice:

"Y además había un rey de otra región al que los hombres llamaban Iram, y amaba mucho al rey Salomón y le dio madera para su trabajo. Y tenía un hijo de esa altura (se llamaba) AYNON, y era un maestro de geometría y era el maestro principal de todos sus masones, y era maestro de todos sus grabados y tallas y de todo tipo de masonería que anhelaba el Templo".

No cabe duda de que "Aynon" es aquí una corrupción de "Adon".

En el manuscrito Landsdowne, cuya fecha es 1560 d.C., el lenguaje es exactamente el mismo, excepto que dice que el rey Iram "tuvo un hijo que se llamaba hombre".

Parece casi seguro que la letra inicial a de este nombre ha sido, por una escritura descuidada, dislocada de las letras restantes, man, y que la lectura verdadera es Aman, lo que es en sí un error, en lugar de "Anton", y esto es una corrupción manifiesta de "Adon". Esto lo confirma el manuscrito York, número 1, que es unos cuarenta años más tarde (1600 d.C.), donde el nombre está escrito "Amon". Este es también el nombre en el manuscrito Lodge of Hope, fechado en 1680 d.C.

En el manuscrito de la Gran Logia, fechado en 1632 d.C., se le llama nuevamente hijo del Rey de Tiro, pero su nombre aparece como

"Aynone", otra forma corrupta de "Adon". En el manuscrito Sloane, número 3.848, de 1646 d.C., es "Aynon", omitiendo la "e" final.

En el manuscrito Harleian, número 1.942, fechado en 1670 d.C., se omiten tanto la e final como la y intermedia, y el nombre, que se convierte en "Anon", se aproxima aún más al verdadero "Adon".

En el manuscrito Alnwick, de 1701 d.C., el nombre se corrompe aún más en "Ajuon". En todos estos manuscritos, la leyenda continúa llamando a este artista hijo del Rey de Tiro, cuyo nombre se dice que es Hiram, o más habitualmente Iram; y de aquí que la ortografía corrupta de Amon, Aynon o Anon, al ser restaurada a la forma verdadera de Adon, con la que los antiguos masones estaban familiarizados, como si significara Señor o Príncipe, obtenemos, al anteponerla al nombre de su padre, Adon-Iram o Adoniram, el Señor o Príncipe Hiram.

Y de aquí surgió el error de confundir a Hiram Abif con Adoniram, el jefe de los trabajadores del Monte Líbano, que era una persona muy diferente.

El manuscrito Papworth, cuya fecha es 1714 d.C., es demasiado cercano a la época del Renacimiento y del verdadero establecimiento de la Masonería especulativa como para ser de mucho valor en esta investigación.

Sin embargo, conserva la declaración de la antigua leyenda de que el artista era hijo del rey Hiram, pero cambia su nombre por el de Benaim. Esta es probablemente una inflexión incorrecta de la palabra hebrea "Boneh", un constructor, y muestra que el escritor, en un intento de corregir el error de los legendarios anteriores que habían corrompido a Adon en "Anon" o "Amon", o "Ajuon", había cometido un error mayor en su conocimiento superficial del hebreo.

El manuscrito Krause no tiene ningún valor como autoridad. Es una falsificación, escrita muy probablemente, creo que puedo decir con certeza, después de la publicación de la primera edición de las Constituciones de Anderson, y, por supuesto, toma el nombre de esa obra.

El nombre de Hiram Abif aparece por primera vez en público en 1723, en el libro de Constituciones impreso ese año.

En esta obra, cambia la afirmación que figura en la Leyenda del Oficio (Leyenda de la Orden) y dice que el Rey de Tiro envió al Rey Salomón "a su tocayo Hiram Abif, el príncipe de los arquitectos".

Luego, citando en el hebreo original un pasaje del segundo libro de las Crónicas, donde se encuentra el nombre de Hiram Abif, lo explica "permitiendo que la palabra Abif sea el apellido de Hiram el Masón"; además, añade que en el pasaje donde el Rey de Tiro lo llama "Huram de mi padre", el significado es que “Huram” era "el Maestro Masón principal de mi padre, el Rey Abibalus", un intento muy acrítico, porque mezcla, como base, el original hebreo y la versión inglesa.

No había descubierto la verdadera explicación, a saber, que Hiram es el nombre y Ab el título, que denota, como he dicho antes, Maestro Obrero, y que "in", o "iv", o "if" es un sufijo pronominal, que significa su, de modo que cuando se habla de él en su relación con el Rey Salomón, se le llama Hiram Abif, es decir, Hiram, su Maestro Obrero o el de Salomón.

Pero Anderson introdujo un elemento enteramente nuevo en la Leyenda cuando dijo, en el mismo libro, que "el sabio Rey Salomón fue Gran Maestro de la Logia de Jerusalén, el Rey Hiram fue Gran Maestro de la Logia de Tiro, y el inspirado Hiram Abif fue Maestro del Trabajo".

En la segunda edición de las Constituciones, de 1738, Anderson amplió considerablemente la leyenda, por razones que se explicarán cuando, en la siguiente parte de esta obra, trate el origen del Tercer Grado, pero en las que no es necesario insistir aquí.

En esa segunda edición, afirma que la tradición es que el rey Hiram había sido Gran Maestro de todos los masones, pero que cuando se terminó el Templo cedió la preeminencia al rey Salomón. No se encuentra tal tradición, ni ninguna alusión a ella, en ninguno de los Registros Antiguos que existen ahora, y, además, la corriente de opinión de todos los escritores masónicos posteriores se opone por completo a ella.

De estas sugerencias de Anderson, y de algunas otras de carácter más esotéricas, hechas, se supone, por él y por el Dr. Desaguliers en la época del Renacimiento, derivamos esa forma de la Leyenda de Hiram Abif que se ha conservado hasta el día de hoy con singular uniformidad por los masones de todos los países.

La esencia de esta leyenda, en lo que respecta a la presente investigación, es que en la construcción del Templo hubo tres Grandes Maestros: Salomón, Rey de Israel; Hiram, Rey de Tiro, e Hiram Abif, y que este último fue el arquitecto o constructor principal del edificio.

Como lo que se refiere al destino de Hiram Abif debe explicarse en un sentido totalmente alegórico o simbólico, será más apropiado considerarlo cuando tratemos, en una parte posterior de esta obra, el simbolismo de la masonería.

Nuestro estudio actual se centrará en el personaje legendario de Hiram Abif como el principal Maestro Masón del Templo, y nuestras investigaciones se dirigirán al origen y significado del mito que ahora, por consentimiento universal de la Orden, ha sido adoptado, ya sea correctamente o no, como veremos más adelante.

La cuestión que se nos plantea, entiéndase bien, no es la de la verdad histórica de la leyenda de Hiram, tal como se expone en el Tercer Grado del ritual masónico, ni si se trata de la narración de un hecho real o simplemente de una alegoría acompañada de un significado moral, ni la verdad o falacia de la teoría que encuentra el origen de la masonería en el Templo de Jerusalén,

sino cómo los masones de la Edad Media incorporaron a su Leyenda de la Masonería la idea de que un trabajador del metal, en palabras sencillas, un herrero, era el constructor principal del Templo.

Este pensamiento, y sólo este pensamiento, debe gobernarnos en todo el curso de nuestra investigación.

De todos los mitos que han prevalecido entre los pueblos de la tierra, casi ninguno ha tenido una antigüedad mayor o una existencia más extensa que el del herrero que trabajaba los metales y fabricaba escudos y espadas para los guerreros o joyas para las reinas y damas nobles.

Un mito de este tipo se encuentra entre las tradiciones de las religiones más antiguas [4] y, al transmitirse a través de siglos de transmisión popular, se conserva, con diversas modificaciones naturales, en las leyendas de la Edad Media, desde Escandinavia hasta el límite más meridional de la raza latina. Mucho antes de este período se lo encontraba en la mitología y el folclore de Asiria, de la India, de Grecia y de Roma.

La masonería, tanto en su forma más reciente como en su leyenda más antigua, al adoptar la historia de Hiram Abif, una vez llamado Adon Hiram, ha distorsionado extrañamente sus verdaderas características, tal como se exhibe en los libros de Reyes y Crónicas;

y ha transformado, sin ninguna autoridad histórica, la idea bíblica de un herrero hábil en la de un arquitecto y constructor.

Por lo tanto, en la antigua leyenda se le llama "Maestro de la geometría y de toda la masonería", y en el ritual moderno de la masonería especulativa se le llama "el Constructor", y a él, en ambos, se supone que se le confió la superintendencia del Templo de Salomón, durante su construcción, y el gobierno y control de aquellos trabajadores - los escuadradores de piedra y los albañiles - que estaban involucrados en el trabajo de su erección.

Despojar a esta Leyenda de su forma corrupta y dar a Hiram Abif, que en realidad fue un personaje histórico, su verdadera posición entre los trabajadores del Templo, no puede afectar, en lo más mínimo, el simbolismo del que forma parte tan integral, mientras que explicará racionalmente la importancia que se le ha atribuido tanto en el antiguo como en el nuevo sistema Masónico.

Ya sea que hagamos de Hiram Abif el Constructor principal y el Gran Maestro Operativo del Templo de Salomón, o que asignemos esa posición a "Anon", "Amon" o "Ajuon", como es en la Antigua Leyenda, o a "Adoniram", como se hace en algunos Ritos Masónicos, el simbolismo permanecerá inalterado, porque la idea simbólica se basa en el hecho de que haya existido un Constructor Principal, y es irrelevante para el desarrollo del simbolismo cuál era su verdadero nombre.

La instrucción que se pretende transmitir en la leyenda del Tercer Grado debe permanecer inalterada, sin importar a quién identifiquemos como su héroe; porque en realidad no representa ni a Hiram ni a Anón ni a Adoniram ni a ninguna otra persona individual, sino más bien la idea del hombre en un sentido abstracto.

Sin embargo, es importante para la verdad de la historia que los hechos reales sean eliminados de las declaraciones míticas que los envuelven.

Debemos quitarles la cáscara para poder llegar al germen. Y además, agregará un nuevo atractivo al sistema del ritualismo masónico si logramos rastrear en él algún resto del más antiguo e interesante de los mitos, la Leyenda del Herrero, que, como he dicho, ha prevalecido universalmente en las formas más antiguas de fe religiosa.

Antes de investigar esta Leyenda del Herrero en su relación con la Francmasonería y con esta Leyenda particular de Hiram Abif que ahora estamos considerando, será apropiado investigar el carácter de la Leyenda tal como existía en las antiguas religiones y en los mitos medievales.

Podemos entonces investigar cómo esta Leyenda, adoptada en la Francmasonería en su forma antigua más estricta de la Leyenda de Tubal Caín, se confundió después con otra leyenda de un Constructor de Templos.

Si nos remontamos a la más antigua de todas las mitologías, la que se enseña en los himnos védicos, encontraremos al dios del fuego Agni, cuyas llamas se describen como "luminosas, poderosas, temibles y poco fiables".

El elemento del fuego, adorado así por los arios primitivos como instrumento del bien o del mal, fue posteriormente personificado por los griegos; los himnos védicos, refiriéndose a la renovación continua de la llama, al ser alimentada por combustible, lo llamaron el dios del fuego Agni; también Gavishtha, es decir, el siempre joven.

De aquí los griegos obtuvieron su Hefesto, el poderoso artesano, el herrero inmortal que forjó las armas de los dioses y, a la plegaria de Tetis, fabricó la irresistible armadura de Aquiles.

Los romanos debían a sus antepasados arios la misma idea de la potencia del fuego, y la personificaron en su Vulcano, nombre que evidentemente deriva del sánscrito Ulka, tizón, aunque la similitud de sonido ha llevado a muchos etimólogos a deducir el Vulcano romano del semítico Tubal Caín. De hecho, hasta los modernos descubrimientos de la filología comparada, ésta era la opinión universal de los eruditos.

Entre los babilonios, un dios importante era "Bil-can". Era el dios del fuego, y el nombre parece derivar de "Baal" o "Bel" y "Caín", el dios de los herreros, o el maestro herrero. George Smith, en su Relato caldeo del Génesis, piensa que posiblemente haya alguna conexión aquí con el Tubal Caín bíblico y el Vulcano clásico.

De los fragmentos de Sanchoniathon aprendemos que los fenicios tenían un héroe al que él llama Crisor. Fue adorado después de su muerte, como consecuencia de los muchos inventos que otorgó a la humanidad, bajo el nombre de Diamichius; es decir, el gran inventor.

A él se le atribuyó la invención de todas esas artes que los griegos atribuyeron a Hefesto y los romanos a Vulcano.

El obispo Cumberland deriva el nombre de Crisor del hebreo Charatz, o el Afilador, una designación apropiada para alguien que enseñó el uso de herramientas de hierro. La versión autorizada del Génesis, que llama a Tubal Caín "instructor de todo artífice de bronce y de hierro", se traduce mejor en la Septuaginta y la Vulgata como "afilador de todo instrumento de bronce y de hierro".

En las conferencias en inglés del Dr. Hemming y, por supuesto, del Dr. Oliver, Tubal Caín se ha derivado de una etimología generalmente aceptada que dice que "Caín" significa posesiones mundanas, y de esta manera se ha pervertido el verdadero simbolismo del nombre. La verdadera derivación es de kin, que, dice Gesenius, tiene el significado especial de forjar hierro, de donde viene "Kain", una lanza, un instrumento de hierro que ha sido forjado. En el árabe afín es "Kayin".

"Esta palabra", dice el Dr. Goldziher en su obra Mitología entre los hebreos, "que junto con otros nombres sinónimos de oficios aparece varias veces en las llamadas inscripciones sinaíticas nabateas, significa herrero, fabricante de herramientas agrícolas, [5] y ha conservado este significado en el árabe Kayin y el arameo kinaya, mientras que en el hebreo posterior se perdió por completo, siendo probablemente suprimida a través del intento bíblico de derivar el nombre propio Caín etimológicamente de kana, "ganar". Aquí es donde Hemming y Oliver obtuvieron su falso simbolismo de "posesiones mundanas".

Goldziher intenta identificar mitológicamente a Caín, el fratricida, con el hijo de Lamec. Sea o no correcta su teoría, es al menos una curiosa

coincidencia que Caín, que según he demostrado significa un herrero, haya sido el primer constructor de una ciudad, y que el mismo nombre se haya asignado al primer forjador de metales, mientras que la antigua leyenda masónica hace que el maestro herrero, Hiram de Tiro, sea también el principal constructor de Salomón.

Creo que será interesante rastrear el progreso del mito que ha dado en todas las épocas y en todos los países esta posición prominente entre los artesanos al herrero.

Hefesto, o Vulcano, encendiendo sus fraguas en la isla de Lemnos, y con sus oficiales cíclopes golpeando, dando forma y soldando el hierro al rojo vivo en formas de lanzas, jabalinas, cascos y cotas de malla, fue el desarrollo meridional del dios del fuego ario Agni. «Hefesto o Vulcano», dice Diodoro Sículo, «fue el primer fundidor de hierro, latón, oro, plata y todos los metales fundibles, y enseñó los usos a que los artífices podían aplicar el fuego». Por eso los antiguos lo llamaban el dios de los herreros.

Los escandinavos, o descendientes del norte de la raza aria, trajeron consigo, en su emigración desde el Cáucaso, la misma reverencia por el fuego y por el trabajo de los metales mediante su potente uso.

Sin embargo, no trajeron consigo recuerdos de "Agni" que pudieran inventar un dios del fuego como el Hefesto y Vulcano de los griegos y romanos. Tenían, de hecho, a "Loki", que derivaba su nombre, según dicen algunos, del islandés "logi", o llama. Pero era un principio maligno y representaba más los poderes destructivos que los creadores del fuego.

Pero los escandinavos, al igual que todas las naciones del norte, interpolando su folclore en su mitología, inventaron sus leyendas de un hábil herrero, bajo cuyos poderosos golpes sobre el hierro blando se forjaban espadas de maravillosa agudeza y fuerza, o mediante cuya maravillosa habilidad artística se construían diademas, brazaletes y joyas de extraordinaria belleza.

De ahí que el mito de un artista maravillosamente astuto se encontrara por todas partes, y la Leyenda del Herrero se convirtió en patrimonio común de todas las naciones escandinavas y teutónicas, y fue de un carácter tan impresionante que continuó existiendo hasta la época medieval, y rastros de ella se han extendido a las supersticiones de la actualidad.

¿No podemos acaso buscar en su influencia la prominencia que dieron los antiguos legendarios masónicos al Maestro Herrero del Rey Hiram entre los trabajadores de Salomón?

Entre los escandinavos tenemos la leyenda de “Volund”, cuya historia se recita en el “Volund”darkvitha, o Balada de “Volund”, contenido en la Edda de Saemund. “Volund” (pronunciado como si se escribiera Wayland) era uno de tres hermanos, hijos de un rey elfo; es decir, de una raza sobrenatural.

Los tres hermanos emigraron a "Ulfdal", donde se casaron con tres valquirias, o escogedoras de los muertos, doncellas de origen celestial, las asistentes de Odín, y cuyos atributos eran similares a los de las parcas griegas, o pates.

Después de siete años, las tres esposas huyeron para cumplir con su deber asignado de visitar los campos de batalla. Dos de los hermanos fueron en busca de sus esposas errantes; pero “Volund” permaneció en Ulfdal. Era un hábil trabajador de la forja, y ocupaba su tiempo en fabricar obras en oro y acero, mientras esperaba pacientemente el regreso prometido de su amada esposa.

Niduth, el rey del país, al enterarse de la maravillosa habilidad de “Volund” como forjador de metales, visitó su casa durante su ausencia y se apoderó subrepticiamente de algunas de las joyas que había hecho y de la hermosa espada que el herrero había fabricado para sí mismo.

A su regreso, “Volund” fue capturado por los guerreros de Niduth y conducido al castillo. Allí, la reina, aterrorizada por su aspecto feroz, ordenó que lo desjarretaran. Así, mutilado y privado del poder de escapar o resistirse, fue confinado a una pequeña isla en las cercanías de la residencia real y obligado a fabricar joyas para la reina y su hija, y armas de guerra para el rey. [6]

Sería tedioso contar todas las aventuras del herrero mientras estuvo confinado en su prisión en la isla. Baste decir que, tras haber construido un par de alas que le permitían volar (lo que nos recuerda la fábula griega de Dédalo), logró escapar, tras deshonrar primero a la princesa mediante una estratagema y matar a sus dos hermanos.

Esta leyenda de "un trabajador curioso y astuto" en la fragua era tan popular en Escandinavia que se extendió a otros países, donde la Leyenda del Herrero se presenta con diversas modificaciones.

En la leyenda islandesa, “Volund” es descrito como un gran artista en la fabricación de hierro, oro y plata. Sin embargo, no lo relaciona con seres sobrenaturales, sino que le atribuye una gran habilidad en su arte, en el que es asistido por el poder de la magia.

Los germanos tenían la misma leyenda en un período muy temprano. En la leyenda alemana, el artífice se llama “Wieland” y se lo representa como el hijo de un gigante llamado Wade. Adquiere el arte de herrero de Minner, un hábil trabajador, y los enanos lo perfeccionan en todas sus operaciones en la forja como armero y orfebre.

Va por su propia cuenta al rey, que aquí se llama Nidung, donde encuentra a otro hábil herrero, llamado Amilias, con quien lucha en batalla y lo mata con su espada, Mimung. Por esta ofensa, el rey lo mutila y luego el resto de la historia se desarrolla de manera muy similar a la de la leyenda escandinava.

Entre los anglosajones, la leyenda no difiere mucho del tipo original. La historia en la que el héroe recibe el nombre de Weland está contenida en un antiguo poema, del que, por desgracia, sólo quedan fragmentos.

La leyenda se había vuelto tan familiar para el pueblo que en el romance métrico de Beowulf se describe la cota de malla del héroe como obra de Weland; y el rey Alfredo, en su traducción de la Consolación de la filosofía, de Boecio, donde el autor alude a los huesos del cónsul Fabricio, en el pasaje "ubi sunt ossa Fabricie?" (¿Dónde están ahora los huesos de Fabricius?), parafrasea así la pregunta: "¿Dónde están ahora los huesos del sabio Weland, el orfebre que antes era tan famoso?".

Posteriormente, Geoffrey de Monmouth, en un poema en latín, habla del oro, las joyas y las copas que había esculpido Weland, nombre que latiniza como Gueilandus.

En las antiguas crónicas de Trench encontramos repetidamente la leyenda del hábil herrero, aunque, como era de esperar, el nombre sufre muchos cambios. Así, en un poema del siglo VI, titulado Gautier a la main forte, o Walter de la mano fuerte, se dice que en un combate de Walter de

Varkastein fue protegido de la lanza de Randolf por una coraza hecha por “Wieland”.

Otra crónica, del siglo XII, nos cuenta que un conde de Angulema, en una batalla contra los normandos, cortó en dos la coraza y el cuerpo del rey normando de un solo golpe, con su espada “Durissima”, que había sido fabricada por el herrero Walander.

Una crónica de la misma época, escrita por el monje Juan de Marmontier, describe los magníficos atavíos de Godofredo Plantagenet, duque de Normandía, entre los que, dice el autor, había "una espada tomada del tesoro real y célebre desde hacía mucho tiempo.

Galannus, el más hábil de los armeros, había empleado mucho trabajo y cuidado en fabricarla". “Galans”, por “Walans” (la G sustituye a la W, como letra desconocida en el alfabeto francés), es el nombre otorgado en general a este hábil herrero, y los romances de los troveros y trovadores del norte y sur de Francia, en los siglos XII y XIII, abundan en referencias a espadas de maravillosa agudeza y fuerza que fueron forjadas por él para los caballeros y paladines.

Ya sea que el nombre se diera como “Volund”, o "Wieland", o "Weland", o "Galans", encontró su origen común en el islandés “Volund”, que significa herrero. Es un término genérico, del cual se ha derivado el nombre mítico.

Así, los griegos llamaban al hábil trabajador, al herrero de su folclore, "Doedalus", porque hay un verbo en su idioma "daidallo", que significa hacer un trabajo hábil u ornamental.

Aquí puede que no sea irrelevante notar el curioso hecho de que simultáneamente con estas leyendas de un hábil herrero corrieron en la Edad Media otras, de las cuales el rey Salomón fue el protagonista. En muchos de estos viejos romances y cuentos métricos, se le atribuye una habilidad que lo convierte en el rival del artesano subordinado.

De hecho, la reputación artística de Salomón era tan proverbial en la misma época en que prevalecían estas leyendas del herrero, que en los poemas de aquellos días encontramos usos repetidos de la expresión "l'uevre Salemon", o "la obra de Salomón", para indicar cualquier producción de gran belleza artística.

Las sagas escandinavas, las crónicas alemanas y los romances franceses habían hablado tan ampliamente de este herrero mítico que la idea se hizo familiar para la gente común y se transmitió en las supersticiones populares y el folclore hasta un período comparativamente moderno. Dos de estos, uno de Alemania y otro de Inglaterra, bastarán como ejemplos y mostrarán la identidad general de las leyendas y la probabilidad de su origen común. [7]

Herman Harrys, en sus Cuentos y leyendas de la Baja Sajonia, cuenta la historia de un herrero que vivía en el pueblo de Hagen, en la ladera de una montaña, a unas dos millas de Osnabrück. Era famoso por su habilidad para forjar metales, pero, descontento con su suerte y murmurando contra Dios, fue llevado sobrenaturalmente a una cavernosa hendidura de la montaña, donde fue condenado a ser rey del metal y, descansando durante el día, a trabajar de noche en la fragua para el beneficio de los hombres, hasta que la mina de la montaña dejara de ser productiva.

En el frescor de la mina, dice la leyenda, su buena disposición regresó y trabajó con gran asiduidad, extrayendo mineral de sus vetas y al principio forjando herramientas domésticas y agrícolas.

Después se limitó a herrar caballos para los granjeros vecinos. Delante de la caverna había una estaca clavada en el suelo, a la que el campesino ató el caballo que quería herrar, y en una piedra cercana colocó la carga necesaria.

Luego se retiró. Al regresar a su debido tiempo encontraría la tarea terminada; pero el herrero, o, como lo llamaban, el “Hiller”, es decir, “Hider”, nunca se dejaría ver.

Similar a esto es la leyenda inglesa, que nos cuenta que en un valle de Berkshire, al pie de White Horse Hill, evidentemente, por las piedras que se encontraban esparcidas por allí, el sitio de un monumento druídico, vivió anteriormente una persona llamada Wayland Smith.

Se entiende fácilmente que aquí el título de artesano se ha incorporado al nombre anglicanizado, y que es el mismo que el medieval Weland the Smith. Nadie lo vio nunca, porque las enormes piedras le proporcionaron un escondite. Él también era un “Hiller”; porque la palabra en la leyenda

precedente no significa "el hombre de la colina", sino que proviene del alemán “hiillen”, cubrir u ocultar, y denota al hombre que se oculta.

En este esmerado ocultamiento de sus personas por parte de ambos herreros detectamos el origen común de las dos leyendas. Cuando se requerían sus servicios para herrar un caballo, el animal se dejaba entre las piedras y se colocaba una pieza de dinero sobre una de ellas.

El propietario se retiró y, transcurrido un tiempo, regresó y descubrió que el caballo estaba herrado y que el dinero había desaparecido. El lector inglés debe estar familiarizado con esta historia por el uso que hizo de ella Sir Walter Scott en su novela de Kenilworth.

De todo lo que se ha dicho hasta ahora se desprende claramente que el herrero, como fabricante de armas para el campo de batalla y joyas para el tocador, así como de herramientas para la agricultura y el uso doméstico, era un personaje importantísimo en los primeros tiempos, deificado por los antiguos e investido por los modernos de dones sobrenaturales.

Es igualmente evidente que este respeto por el herrero como artífice prevalecía en la Edad Media. Pero en las leyendas más recientes, por un proceso habitual de degeneración en todas las tradiciones, cuando la corriente se vuelve confusa a medida que avanza, descendió en carácter de forjador de espadas, su primera ocupación, a herrador de caballos, que fue su última.

Hay que tener presente, además, que en la Edad Media el respeto por el herrero como trabajador "curioso y astuto" comenzó con la introducción de un nuevo elemento, traído por los cruzados y los peregrinos de Oriente para ser compartido con el rey Salomón, que se suponía que estaba investido de igual habilidad.

No es extraño, por tanto, que la idea se haya incorporado a los rituales de las diversas sociedades secretas de la Edad Media y haya sido adoptada por los masones, primero por la rama operativa y después, en una forma más amplia, por los masones especulativos.

En todas las antiguas constituciones manuscritas de los masones operativos encontramos la Leyenda del Oficio y, con ella, excepto en un caso, el más antiguo, una referencia a Tubal Caín como el que "encontró

[es decir, inventó] el Oficio de Herrero de oro y plata, hierro, cobre y acero".

Nada más que la prevalencia universal de la leyenda medieval del herrero, “Volund” o Weland, puede, creo, explicar esta referencia al Padre del Oficio de Herrero en una leyenda que debería haberse asignado exclusivamente al Oficio de la Piedra.

No hay ninguna conexión entre la fragua y la paleta que autorice sobre cualquier otro fundamento el honor rendido por los albañiles a un forjador de metales, un honor tan marcado que con el tiempo el mismo nombre de Tubal Caín llegó a ser adoptado como una palabra significativa e importante en el ritual masónico, y el lugar más alto en las labores tradicionales del Templo fue asignado a un trabajador en oro, latón y hierro.

Más tarde, cuando el Arte Operativo fue reemplazado por la Ciencia Especulativa, esta última complementó a la simple Leyenda del Oficio la más recóndita Leyenda del Templo. En esta última Leyenda, el nombre de aquel Hiram a quien el Rey de Tiro había enviado con todo honor al Rey de Israel, para prestarle ayuda en la construcción del Templo, se introduce por primera vez bajo su denominación bíblica.

Pero esta no es la primera vez que este personaje se da a conocer a la fraternidad. En las Leyendas más antiguas se le menciona, siempre con un nombre diferente, pero siempre, también, como "Maestro Masón del Rey Salomón".

A principios del siglo XVIII, cuando tuvo lugar lo que se ha llamado el Renacimiento, hubo una continuación de la idea general de que él era el Masón principal del Templo; pero el verdadero nombre de Hiram Abif, como ya hemos dicho, se encuentra por primera vez en un registro escrito o impreso.

Anderson habla de sus habilidades arquitectónicas en términos exagerados. En un lugar lo llama "el masón más consumado de la tierra", y en otro "el príncipe de los arquitectos".

Este personaje se le ha adherido en todos los tiempos posteriores, y la leyenda no escrita de la actualidad lo representa como el "Constructor principal del Templo", el "Gran Maestro Operativo" y el "Arquitecto Hábil" por cuyos elaborados diseños en su caballete se guio el trabajo del Oficio y se construyó el edificio.

Ahora bien, será provechoso en la investigación de la verdad histórica comparar estos atributos asignados a Hiram Abif por los legendarios más antiguos y más recientes con los relatos bíblicos de la misma persona que ya se han citado.

En el texto hebreo original del pasaje del libro de las Crónicas, las palabras que designan la profesión de Hiram Abif son “khoresh nekhoshet”; literalmente, un trabajador en bronce. La Vulgata, que era la versión popular en aquellos días y de la que los antiguos legendarios debieron haber derivado su conocimiento de la historia bíblica, traduce así la carta del rey Hiram al rey Salomón: "Por eso te he enviado un hombre sabio y muy hábil, Hiram el artesano o herrero, mi padre" —“Hiram fabrem patrem meum”.

De hecho, al final del versículo en la Versión Autorizada se lo describe como "astuto para trabajar todas las obras en bronce". Y por eso el Dr. Adam Clarke, en sus Comentarios, lo llama "un calderero muy inteligente".

El error en que han caído los antiguos legendarios y los modernos escritores masónicos, al suponer que era albañil o arquitecto, ha surgido de la mala traducción en la Versión Autorizada del pasaje de las Crónicas donde se dice que era "hábil para trabajar en oro y plata, en bronce, en hierro, en piedra y en madera".

Las palabras en el original son “Baabanim vebagnetsim”, en piedras y en maderas; es decir, en piedras preciosas y en maderas de diversas clases. Es decir, además de ser calderero, era lapidario, tallador y dorador.

Las palabras en el hebreo original están en plural, y por lo tanto la traducción "en madera y en madera" no es correcta. Gesenius dice -y no hay mejor autoridad para un hebraísmo- que la palabra “Eben” se usa por excelencia, para denotar una piedra preciosa, y su plural, “abanim”, significa, por lo tanto, piedras preciosas. De la misma manera “gnetz”, que en singular significa árbol, en plural denota materiales de madera, para cualquier propósito.

La obra que realizó Hiram Abif en el Templo se relata en detalle en el primer libro de los Reyes, capítulo séptimo, desde el versículo quince hasta el cuarenta, y se recapitula brevemente en los versículos cuarenta y uno al cincuenta.

También se enumera en los capítulos tercero y cuarto del segundo libro de las Crónicas, y en ambos libros se tiene cuidado de decir que cuando se realizó esta obra, la tarea de Hiram Abif quedó completada.

En el primer libro de los Reyes (7:40) se dice: «Así acabó Hiram de hacer toda la obra que hizo al rey Salomón para la casa del Señor. En el segundo libro de las Crónicas (4:2) se repite la afirmación así: «Y acabó Hiram la obra que debía hacer al rey Salomón para la casa de Dios».

La misma autoridad no nos deja ninguna duda en cuanto a cuál era la obra a la que se había dedicado la habilidad de Hiram Abif. «Era», dice el libro de las Crónicas, «las dos columnas, y los pomos y los capiteles que estaban sobre las columnas; y cuatrocientas granadas sobre las dos coronas; dos hileras de granadas sobre cada corona, para cubrir los dos pomos de los capiteles que estaban sobre las columnas. Hizo también basas, y sobre las bases hizo capas; un mar y doce bueyes debajo de él.

También los calderos, las palas, los garfios y todos sus instrumentos hizo Hiram su padre (Hiram Abif) al rey Salomón, para la casa de Jehová, de bronce bruñido.

Se ha dicho bastante para demostrar que los trabajos de Hiram Abif en el Templo eran los de un trabajador del bronce y de las piedras preciosas, del tallado y del dorado, y no los de un albañil.

Fue el decorador y no el constructor del Templo.

Debe la posición que ocupa en las leyendas y en el ritual de la masonería, no a ninguna conexión que tuviera con el arte de la arquitectura, del que no hay la más mínima mención por parte de las autoridades bíblicas, sino, como Tubal Caín, a su habilidad para poner bajo su control la potencia del fuego y aplicarlo a la forja de metales.

El alto honor que se le rinde es el resultado de la influencia de esa Leyenda del Herrero, tan universalmente difundida en la Edad Media, que relata las prodigiosas hazañas de “Volund”, o “Wieland”, o Wayland.

El herrero era, en las tradiciones medievales, en las sagas del norte y en los romances del sur de Europa, el fabricante de espadas y cotas de malla; en las Leyendas de la Masonería se transmutaba en el fabricante de vasos sagrados e instrumentos sagrados.

Pero la idea de que de todos los oficios la herrería era la más importante fue retenida involuntariamente por los masones cuando elevaron al hábil herrero de Tiro, el "astuto" trabajador del bronce, al lugar más alto como constructor en su leyenda del Templo.

El espíritu de la iconoclasia crítica, que despoja de la cáscara exterior al germen histórico de todos los mitos y leyendas, ha estado haciendo mucho para despojar a la historia de la masonería de todas las suposiciones fabulosas.

Este intento de dar a Hiram Abif su verdadera posición, y definir su verdadera profesión, está en el espíritu de esa iconoclasia.

Pero la doctrina aquí presentada no tiene la intención de afectar en lo más mínimo el papel asignado a Hiram Abif en el simbolismo del Tercer Grado. Cualquiera que haya sido su profesión, debe haber estado en un lugar alto en la confianza de los dos reyes, del que lo envió y del que lo recibió, como "un maestro obrero"; y bien podría suponerse que tiene derecho en una alegoría al exaltado rango que se le otorga en la Leyenda del Oficio y en el ritual moderno.

Se permite que las alegorías diverjan a voluntad de los hechos de la historia y las enseñanzas de la ciencia.

Se puede hacer que los árboles hablen, como lo hacen en la fábula más antigua existente, y no es una infracción de su carácter que un trabajador del bronce pueda transmutarse en un constructor de piedra para satisfacer un propósito simbólico.

Por lo tanto, este "artista célebre", como se le llama con justicia, ya sea herrero o albañil, sigue siendo el representante, en el simbolismo de la masonería, de la idea abstracta del hombre trabajando en el templo de la vida, y la lección simbólica de su integridad probada y su destino desdichado sigue siendo la misma.

Como masones, cuando vemos toda la Leyenda como un mito destinado a dar expresión a una idea simbólica, podemos contentarnos con

llamarlo arquitecto, el primero de los masones y el constructor principal del Templo; Pero como estudiantes de historia no podemos saber nada de él ni admitir nada sobre él que no esté respaldado por una autoridad auténtica e indiscutible.

Por lo tanto, debemos considerarlo como el artista ingenioso que trabajó los metales y las piedras preciosas, que talló el cedro y la madera de olivo y así hizo los ornamentos del Templo.

Es sólo el "Volund" o "Wieland" de la antigua leyenda, cambiado, por un proceso erróneo pero natural de transmutación de tradiciones, de un trabajador del bronce a un trabajador de la piedra.

1 "Lexicon Talmudicum."

2 "Cyclopaedia of Biblical Literature."

3 "Cyclopaedia of Biblical, Theological, and Classical Literature."

4 "Vala, uno de los nombres de Indra, en la mitología aria, se rastrea", dice el señor Cox, "a través de las tierras teutónicas hasta llegar a la cueva de Wayland Smith, en Warwickshire". "Mitología de las naciones arias", vol. ii., p. 326.

5 limita la expresión a "agrícola" para reforzar una teoría particular que se estaba considerando en ese momento. Podría haber sido más general y haber incluido todos los demás tipos de herramientas, tanto bélicas y mecánicas como agrícolas.

6 Todos estos herreros de la mitología y el folclore son representados como cojos, como Hefesto, que se rompió una pierna al caer del cielo.

7 Muchos de los detalles de estas dos leyendas, así como mucho de lo que ya se ha dicho sobre el herrero mitológico de la Edad Media, los debo a la docta disertación de los señores Depping y Michel, que ha sido hábilmente traducida del francés, con añadidos del señor S. W. Singer, Londres, 1847.

Traducción (15-02-2025) con Google Translator; THE HISTORY OF FREEMASONRY by Albert Gallatin Mackey (1807-1881), Volumen Two, Chapter XLIII, THE LEGEND OF HIRAM ABIF

https://archive.org/details/HistoryOfFreeMasonry02/page/n153/mode/2up?q=%22Hiram+Abif%22

THE

HISTORY OF FREEMASONRY

ITS LEGENDS AND TRADITIONS
ITS CHRONOLOGICAL HISTORY

BY ALBERT GALLATIN MACKEY, M.D., 33°

THE HISTORY OF THE

SYMBOLISM OF FREEMASONRY

THE

ANCIENT AND ACCEPTED SCOTTISH RITE

AND THE

ROYAL ORDER OF SCOTLAND

BY WILLIAM R. SINGLETON, 33°

WITH AN

ADDENDA

BY WILLIAM JAMES HUGHAN

P.·. S.·. G.·. D.·. OF G.·. L.·. OF ENGLAND—P.·. S.·. G.·. W.·. OF EGYPT, ETC

VOLUME TWO

PUBLISHED BY
THE MASONIC HISTORY COMPANY
NEW YORK AND LONDON